

tala, « el enlace que has contraído sin consultarme de ningún modo se opone á nuestras santas leyes. El hijo que debe salir de esta union será igual á su padre y dará origen á una raza de héroes. »

Confortada por este perdon y esta promesa, libra gozosa Sacúntala al profeta del pesado canasto de frutos que acaba de recojer, vierte agua fresca para bañar sus fatigadas plantas, mientras que con voz cariñosa le suplica proteja á su esposo con sus preces y pida al cielo la gloria de sus descendientes.

### XIII

Despues de esta primera parte, el poema se encamina rápido á la desventura y al desenlace. El hijo de Sacúntala crece en la ermita con todos los instintos y presentimientos de un héroe. Su infancia recuerda los juegos de Hércules en la cuna.

Entretanto el héroe, para probar á su esposa, finge olvidar á Sacúntala y á su hijo, y á este efecto no se vuelve á mostrar en los bosques vecinos de la habitación del solitario. Este dice á su hijo adoptivo que ha llegado el tiempo de intimar al rey que cumpla su promesa, y proclame á su hijo sucesor en el trono. Una comitiva religiosa y santuosa en extremo acompaña á Sacúntala á la capital. Pero escuchemos al poeta :

« Aquí tienes » dicen los religiosos compañeros de Sacúntala, « á tu esposa fiel que llega del bosque sagrado, y desea presentarse con su hijo bello como los inmortales al rey su esposo.

Duchmanta hace un signo de asentimiento.

La madre teniendo á su hijo por la mano, se avanza con una timidez llena de gracia.

« — ¡ Oh rey ! le dice » ha llegado el tiempo en que debe ser ungido el fruto de nuestra union : cumple con tu palabra. ¡ Oh tú, caudillo y modelo de los humanos ! acuérdate de los lazos indisolubles que nos ligaron, acuérdate de la ermita de Canua.

El rey finge haberlo olvidado todo. Sacúntala se perturba, se indigna, vacila, se desmaya y recobra sus sentidos.

« — ¿ No existe en tí, « le dice, » un juez oculto ? ¿ Como puedes creerte solo al cometer el mal ? El sol, la luna, el fuego, el viento, la tierra, el firmamento estrellado, el vasto ámbito de los mares, el día y la noche, la aurora y el crepúsculo, todos los elementos son testigos de las acciones mas secretas del hombre : si no ha obrado contra la voz interior de su conciencia, el juez incorruptible le hace gozar de una felicidad eterna ; pero, si sofocando esta voz, se entrega al crimen, se verá condenado á los mas terribles castigos. »

Es preciso reconocer que, en semejantes circunstancias, este discurso es intempestivo ; pero, en los poemas de la India, las situaciones patéticas, mas que á desplegar el vuelo de las pasiones, sirven para

la exposicion de la alta moral que, en el alma de los poetas orientales, avasalla á otro cualquier sentimiento. El grito que brota del corazon sangriento resuena mas en el cielo que en la tierra, y la naturaleza se absorbe en la religion.

## XIV

« Escucha la voz de nuestros legisladores divinos, » prosigue magnífica si bien inoportunamente la esposa ultrajada ; « acuérdate de lo que en sus inmortales cantos dicen de la muger, modesta compañera del hombre ; acuérdate de lo que dicen de esa criatura que prolonga la existencia del esposo en el hijo que le da, en ese hijo al cual debe el rescate de sus antepasados. La muger es la mitad del hombre, su tierna amiga, cuya voz suave y cariñosa sabe disipar el fastidio de su soledad ; su consoladora en las penas que erizan la espinosa ruta de la vida ; y, á la muerte de su esposo, ¡ con qué santa abnegacion se precipita risueña en la fúnebre hoguera, resuelta á no separarse de su consorte amado, y seguirlo vivo ó muerto tanto en la region del gozo como en la de la angustia ! Mas religiosa que su esposo, á menudo aviva en el corazon de éste una débil chispa de virtud que iba á apagarse, salvándolo á pesar suyo

y atrayendo sobre su cabeza las bendiciones de Brama.

« No, no hay espectáculo mas tierno que el de un hombre respetable rodeado de su muger y numerosa familia. ¡ Qué sublime transporte lo arrebató cuando reconoce su viva imágen en las criaturas inocentes ! ¿ Puede darse mayor delicia que la de un padre que abraza y besa, en un momento efusivo de ternura, al hijo que se precipita en su seno, por mas lleno de polvo que se presente ?..... ¿ Como puedes apartar la cabeza de este niño tierno, tu propio hijo, en el momento mismo en que sus hermosos ojos en tí se fijan con tanta efusion ? La hormiguita protege sus huevos y no los rompe, y tú, sér dotado de sentimiento y virtud, ¿ cómo puedes dejar de amar y proteger al tierno infante que tú mismo formastes ? Permite que esta débil criatura, cuyo corazon late involuntariamente al verte, abraze á quien le dió la existencia, y dé un ósculo á su faz con sus húmedos labios, pues no hay en la naturaleza sensacion mas deliciosa que el contacto de un niño.

« Todos los padres distantes de sus hijos, se regocijan á su vista ; ó por mejor decir, no cesan un momento de tenerlos presentes á su memoria : tú solo permaneces insensible á este impulso universal de la naturaleza ; tú solo eres capaz de oír sin comocion interior estas palabras patéticas que, en nombre del padre, pronuncia el bramino al nacimiento de un hijo :

« — ¡ O tú que provienes de todas las partes de mi sér, fruto precioso de mis entrañas, mi alma misma, puedas vivir cien años! En tí reposa el cuidado de mi existencia, de tí depende la perpetuidad de mi raza. ¡ Vive pues dichoso, hijo mio, durante cien años!

« — ¡ Ay de mí! un cazador desalmado me sedujo y abusó de mi inocencia en el santo retiro en que incauta respiraba... Mi madre, despues de haberme concebido del gran Visamitra, me abandonó en las desiertas orillas del rio Malini... ¿ De qué culpas, oh dioses, me volví culpable en mis generaciones pasadas, para ser tratada de un modo tan cruel, y haber sufrido tamañas injurias tanto de la que me dió el sér, como de tí mi seductor?

« Sometida á mi funesta destinacion, vuelvo á ocultar mi dolor en el seno de la sacra floresta en que viví en otro tiempo feliz; pero este tierno niño que es tu hijo, el cielo te veda abandonarlo. »

A pesar de tan tiernas palabras continua la prueba, hasta el momento en que una voz procedente del cielo anuncia que la misma Divinidad interviene para proclamar en presencia de todo el pueblo la inocencia, el amor, la legitimidad de la esposa; y el héroe confiesa que ha empleado este stratagema para convencer á su pueblo de la belleza, virtud y derechos de Sacúntala á su mano, y obligar en cierto modo al mismo cielo á decretar la felicidad de tan admirable muger y hacerla respetable á los ojos de los hombres.

## XV

Veamos ahora como algunos siglos mas tarde, otro poeta de una época mas refinada, supo convertir en drama este gracioso y tierno episodio, como la barra de oro que reduce el arte en láminas tenues ó hilos sutiles, aumentando su superficie á trueque de su resistencia y profundidad.

Pero el análisis y citaciones de este poema teatral bastarán para dar una idea del grado de perfeccion al cual, en los tiempos que llamamos primitivos, y en pueblos desconocidos antes de la época histórica de nuestra Europa, había llegado el arte dramático en la Península que riega el Ganges caudaloso.

La representacion se halla precedida de un prólogo dialogado entre el director del teatro y los principales actores que deben desempeñar un papel en la pieza.

La escena representa un bosque á orillas del rio Malini; el jóven príncipe Duchmanta, montado en un carro conducido por un escudero, aparece á lo lejos con un arco en la mano, persiguiendo á un jóven cervatillo que huye ante sus briosos alazanes.

« — ¿ Ves « dice el príncipe á su escudero en versos tan armoniosos como los de Racine, y en un

idioma tan ingénuo y lleno de imágenes como el de Homero; » ves como corre veloz ese lindo animal que tanto espacio nos ha hecho recorrer? ¿ Ves con qué gracia inclina su flexible cuello, para echar una mirada furtiva en el carro rápido que lo persigue? Temeroso de la flecha, cuyo silvido oye de antemano, mira como encoge y contrae sus delicados miembros. El sendero que huella su hendida planta se encuentra tapizado de mullida césped y tiernos vastagos, que medio ramoneados se escapan de su jadeante boca. Sus saltos son tan ligeros y precipitados que apenas doblan sus pies la yerba... Deja completamente las riendas.

En consecuencia vuela el carro á todo escape.

« Mira, » « responde el escudero al príncipe, » como estos nobles bridones avanzan sus pretales humeantes desde que las riendas han cesado de contener el ímpetu de su carrera! ¡ Qué torbellino de polvo dejan bajo sus plantas, sin que ni aun siquiera toque el látigo sus espumosos lomos! Sus penachos que recientemente tremolaban sobre sus frentes, parecen actualmente inmóviles por la resistencia del aire que hienden veloces, resbalando mas bien que corriendo en el llano salpicado de flores, con las orejas rectas y surcadas de venas.

« — Los objetos que á lo lejos diviso, fácilmente los alcanzo, responde el príncipe; y con tanta celeridad los dejo atrás, que puedo decir que para mis ojos nada está lejos ni cerca. »

## XVI

Mientras que rueda veloz el carro al encuentro de una gazela que pone en fuga el ruido, un grito de espanto resuena entre los matorrales; el escudero aprieta las riendas, cuando un bramino se muestra con manos unidas en señal de súplica y clamando anheloso: « No hagais mal á ese pobre animal. »

« — ¡ Oh rey! continua el anacoreta; esta linda gazela domesticada pertenece á la ermita... ¡ Oh! no la mateis.

« — Deten á los caballos, manda el monarca al escudero que murmura. »

« — Si, gran príncipe, « continúa el santo varon, » esta gazela ha sido criada en mi soledad. ¡ Aparte el cielo de su hijar el venablo del cazador! En un cuerpo tan tierno, una flecha seria como la llama en un copo de algodón. ¿ Qué viene á ser la existencia fugitiva de esta pobre criatura, comparada á la punta acerada de vuestros dardos? »

« Vuelve á colocar en la aljaba tu tremenda saeta, que las armas de los reyes deben proteger al débil y no dar la muerte al inocente. »

DUCHMANTA, con respeto.

Ya está metida de nuevo en mi aljaba.

(En efecto la introduce.)

EL BRAMINO, gozoso.

¿Era acaso menos de esperar del noble descendiente de Purú, de un monarca tan cumplido? No, no desmentís la ilustre sangre que en vuestras venas corre... ¡Pueda concederos el cielo un hijo dotado de todas las virtudes, un hijo digno de reinar un día en toda la tierra!

EL DISCIPULO.

¡Pueda el cetro de vuestro hijo extenderse á ambos mundos!

DUCHMANTA, con respeto.

Con reconocimiento acojo el voto de tan venerable ermitaño.

AMBOS BRAMINOS.

Ocupados nos hallamos en coger leña en este bosque; pero en las márgenes del Malini, podreis divisar el solitario albergue de nuestro maestro espiritual Canua, en el cual habita éste con Sacúntala, depósito precioso que le ha confiado el hado. Si otros quehaceres no os reclaman, dignaos, oh príncipe, entrar en ese sagrado asilo en que lograreis la mas cordial acogida. Al ver las austeridades increíbles que se infligen los anacoretas, podreis juzgar si merecen ó

qué motivo ha podido determinar á emprender un viage tan penoso, en busca de un bosque consagrado á la mortificacion de la carne, á una persona cuyos modales acusan la hidalguía y la opulencia?

SACUNTALA, aparte.

No palpites así, corazón mio, que todos los pensamientos violentos que en tí tumultuosamente se agitan, sabrá dirigirlos mi querida Anasuya.

DUCHMANTA, en sí mismo.

¿Qué partido tomar? ¿conviene declararme, ú ocultar mi rango?

Después de un intervalo de reflexion, declara que es un peregrino devoto, lector asiduo de los Vedas, deseoso de visitar al santo anacoreta que mora en esa soledad, retirado del mundo. Al mismo tiempo, se informa con maña del nacimiento extraño de Sacúntala, de las causas de su residencia en la ermita, y llega á saber que procede de la union de un santo con una divinidad secundaria. En consecuencia, se abandona con seguridad á la pasion que le inspira.

« ¡ Oh! dicha « esclama en líricas estrofas, » ahora  
« puedo dar libre curso á mis deseos. Regocíjate,  
« corazón mio: lo sospechado apenas se ha tro-  
« cado en certidumbre, y lo que te amedrentaba  
« hace un instante como el mismo fuego, es una dá-

« diva del mismo cielo con que puedes actualmente  
« engalanarte como con la joya mas preciosa. »

Sacúntala escucha estos versos y se sonroja de pudor.

« Es necesario que me retire, « dice á su compañera, » pues debo trasmitir á nuestro venerable superior Gutani, las palabras de tan amable huésped. » Sus amigas procuran retenerla bajo el pretexto que sus arbustos predilectos exigen aun sus cuidados, pero el héroe toma el partido de Sacúntala.

« Dejad libre á vuestra amable compañera, « les dice, « pues rendida debe hallarse del trabajo que le cuesta el cultivo de sus plantas favoritas. ¿ No veis cuán fatigadas se hallan sus bellas espaldas por el peso de la regadera que acaba de deponer? La sangre acude á la palma de su delicada mano, su respiracion inquieta anuncia la fatiga, el sudor humedece ligero el delicioso nudo que con tanto donaire prende las flores sobre su cabeza, mientras que con lánguida mano reúne los rizos de sus hermosos cabellos, escapados de la desatada cinta. »

Sacúntala recibe un anillo del príncipe, y éste cree notar que el amor y la admiracion invaden el seno de la beldad. Poco despues, el acompasado galope de los caballos en el bosque, le anuncia que viene su séquito; y, temeroso de que sorprendido por sus palaciegos se vea obligado á declarar su rango, esclama dirigiéndose en lenguaje vulgar al grupo femenino que le rodea.

« — ¡ Oh vírgenes piadosas de este solitario re-

tiro! No perdais tiempo en poner en seguridad los débiles animales que pueblan vuestro sagrado albergue, pues todo anuncia la llegada del rey Duchmanta que se entrega al placer de la caza.

Y, volviendo á tomar despues el idioma del verso como sucede en el drama cuando la expresion se eleva con el sentimiento á la descripcion, les dice:

« Ya recae en vuestros filamentosos vestidos, húmedos aun y suspendidos á las ramas en que acaban de secarse, un torbellino de polvo semejante á esas nubes de insectos que, con un rayo del sol, se abaten sobre los árboles del bosque...

« ... Precaveos sobre todo, oh piadosas ermitañas, contra ese elefante uraño y espantadizo que, acosado por la trailla de perros, difunde el terror en los ancianos, mugeres y niños. ¿ Veis cómo con choque terrible, acaba de romper uno de sus colmillos contra el tronco de un árbol que á su paso se oponia? Ahora se halla enmarañado en los entrelazados ramos de impenetrables enredaderas, que deseaba arrancar furioso. ¡ Ah! qué funesta interrupcion ha ocasionado en vuestros sagrados ritos! ¡ Cómo ha puesto en fuga el disperso rebaño de vuestras tímidas gazelas!

Sacúntala, al alejarse á pesar suyo para volver á la ermita, finge ser detenida por las espinas de los arbustos que se enredan en su trage, y el héroe se affige en verso de la desaparicion de la muger que ama.

« — Voy, « dice, » á hacer acampar mi comitiva